

Clásicos Modernos

El jardín secreto

Frances Hodgson Burnett



ANAYA

1.ª edición: marzo 2019

Título original: *The Secret Garden*

© De la traducción: Jaime Valero, 2019

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: Óscar T. Pérez

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-4880-7

Depósito legal: M-445-2019

Impreso en España - Printed in Spain



Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

El jardín secreto

Frances Hodgson Burnett



Traducción:
Jaime Valero

ANAYA

Índice

I. Ya no queda nadie	9
II. Doña Contreras	18
III. Travesía por el páramo	30
IV. Martha	37
V. Un llanto en el pasillo	60
VI. «Alguien estaba llorando, ¡seguro!»	70
VII. La llave del jardín	80
VIII. El petirrojo que mostró el camino	89
IX. La casa más extraña del mundo	101
X. Dickon	115
XI. El nido del zorzal	132
XII. «¿Podría quedarme un trozo de tierra?»	144
XIII. «Me llamo Colin»	157
XIV. Un joven rajá	176
XV. La construcción del nido	193
XVI. «¡No lo haré!», dijo Mary	210

XVII. Un berrinche	221
XVIII. Sin perder un instante	232
XIX. «¡Ya ha llegado!»	242
XX. «¡Viviré para siempre!»	258
XXI. Ben Weatherstaff	270
XXII. Al anochecer	285
XXIII. Magia	293
XXIV. «Que rían cuanto quieran»	311
XXV. La cortina	329
XXVI. «¡Es madre!»	339
XXVII. En el jardín	353

I

YA NO QUEDA NADIE

Cuando Mary Lennox se fue a vivir con su tío a la mansión Misselthwaite, todos dijeron que era la niña menos agraciada del mundo. Y no les faltaba razón. Tenía el rostro enjuto, un cuerpecito escuálido, el cabello ralo y apagado y una expresión avinagrada. Tenía el pelo rubio y la piel cetrina porque había nacido en la India y se había pasado la vida enferma por un motivo u otro. Su padre trabajó para el Gobierno británico y siempre estaba ocupado o enfermo, mientras que su madre había sido una mujer de gran belleza que solo se preocupaba por asistir a fiestas y rodearse de gente divertida. Nunca quiso ser madre, así que, cuando Mary nació, la dejó al cuidado de un aya, a la que explicaron que para agrandar a su señora debía mantener a la niña alejada de ella el mayor tiempo posible. En consecuencia, cuando Mary apenas era un bebé feúcho, irritable y endeble, los criados la quitaron de en medio; y cuando se convirtió en una muchachita irritable y endeble, la

10 ■ siguieron manteniendo lo más alejada posible de sus amos. Las únicas caras que Mary recordaba ver con cierta frecuencia eran los rostros morenos de su aya y los demás sirvientes nativos, y como siempre la obedecían y le dejaban que se saliera con la suya en todo —de lo contrario, su señora se enojaría al escuchar el más mínimo llanto—, cuando Mary cumplió seis años, se había convertido en la niña más egoísta y tirana que se pueda imaginar. La joven institutriz inglesa que acudía a enseñarle a leer y a escribir la aborrecía tanto que renunció a su puesto al cabo de tres meses, y cada nueva institutriz que se quedaba a su cargo aguantaba aún menos que la anterior. Así pues, si a Mary nunca le hubieran gustado de verdad los libros, jamás habría aprendido a leer.

Una calurosísima mañana, cuando Mary tenía nueve años, se despertó muy enfadada, y su enojo fue en aumento cuando vio que la criada que se encontraba junto a su cama no era su aya.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a aquella desconocida—. No puedes quedarte. Dile a mi aya que venga.

La mujer parecía asustada, pero se limitó a balbucear que la aya no podía acudir, y cuando Mary se dejó llevar por un arrebató y comenzó a propinarle puñetazos y puntapiés, la mujer se asustó todavía más y repitió que no era posible que su aya acudiera a verla.

Aquella mañana reinaba un halo de misterio en el ambiente. Las tareas no se habían desempeñado en el

orden habitual y muchos sirvientes nativos habían desaparecido, mientras que los que sí se dejaron ver se escabulleron a toda prisa, pálidos y asustados. Pero nadie le explicó lo que estaba pasando y su aya no apareció. Mary acabó por quedarse sola conforme avanzó la mañana, y finalmente salió al jardín y se puso a jugar debajo de un árbol próximo al porche. Fingió que estaba construyendo un macizo floral. Para ello introdujo unas enormes flores de hibisco de color escarlata en unos montoncitos de tierra, mientras su enfado iba en aumento y murmuraba entre dientes las cosas que pensaba decirle a Saidie, su aya, en cuanto regresara:

■ 11

—¡Cochina! ¡Cerde! ¡Hija de puercos! —Y es que llamar cerdo a un nativo era el peor insulto posible.

Estaba apretando los dientes y repitiendo lo mismo una y otra vez cuando oyó a su madre, que salió al porche en compañía de alguien. Era un joven de cabellos claros, y los dos se pusieron a hablar en voz baja. Mary conocía a ese joven de rostro aniñado; tenía entendido que se trataba de un oficial recién llegado de Inglaterra. La niña se quedó mirándolo, pero sobre todo se fijó en su madre. Siempre lo hacía cada vez que tenía ocasión de verla, porque la *memsahib* —Mary solía referirse a ella por ese apelativo— era una mujer hermosa, alta y esbelta que vestía siempre con mucha elegancia. Tenía un cabello que parecía seda rizada, una naricilla delicada y altiva, y unos ojos grandes y

risueños. Todas sus prendas eran finas y suaves, y según Mary estaban «atiborradas de encajes». Aquella mañana parecían tener más encajes que nunca, si bien los ojos de la madre no parecían risueños en absoluto. Eran unos ojos desorbitados, asustados, y la mujer los dirigió con gesto implorante hacia el rostro del joven oficial.

—¿De verdad es tan grave? —le oyó decir Mary.

—Mucho —respondió el joven con voz temblorosa—. Muchísimo, señora Lennox. Tendrían que haberse marchado a las colinas hace ya dos semanas.

La *memsahib* se retorció las manos.

—¡Ay, ya lo sé! —exclamó—. Pero me quedé para poder acudir a esa ridícula cena de gala. ¡Qué tonta he sido!

En ese momento se oyó un alarido tremendo procedente de los aposentos de los sirvientes y la madre se aferró al brazo del joven oficial. Mary se puso a temblar como una hoja. Los chillidos se volvieron cada vez más estridentes.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —exclamó la señora Lennox.

—Ha muerto alguien —respondió el joven oficial—. No me había dicho que se hubiera extendido entre sus sirvientes.

—¡No lo sabía! —exclamó la *memsahib*—. ¡Acompañeme! ¡Acompañeme! —Entonces se dio la vuelta y entró corriendo en la casa.

A continuación ocurrieron cosas horribles, y a Mary le fue revelado el misterio de lo que estaba ocurriendo aquella mañana. Se había desatado un virulento brote de cólera que estaba provocando que los habitantes de la casa cayeran como moscas. El aya se había contagiado durante la noche, y los gritos que profirieron los sirvientes desde las chozas anunciaron su muerte. Antes de que acabara el día, tres sirvientes más habían fallecido y varios más habían huido aterrorizados. El pánico se desató por todas partes y había personas agonizando en todas las viviendas.

■ 13

Durante la confusión y el desconcierto que reinaron el segundo día, Mary se escondió en su dormitorio y todos se olvidaron de ella. Nadie se acordó de su presencia, nadie la echó en falta, y la niña permaneció ajena a los extraños acontecimientos que se produjeron. Mary pasó las horas alternando entre el llanto y el sueño. Solo sabía que la gente estaba enferma y oyó unos ruidos misteriosos y espeluznantes. En una ocasión salió furtivamente al comedor y lo encontró vacío, aunque había un almuerzo a medio comer sobre la mesa; daba la impresión de que los comensales habían apartado las sillas y los platos con brusquedad al levantarse de repente por alguna razón. La niña comió algo de fruta y galletas, y como tenía sed se bebió una copa de vino que estaba llena casi a rebosar. Tenía un sabor dulce, y Mary no sabía que tenía mucha graduación. Al poco rato le entró un sopor tremendo, así

que regresó a su dormitorio y se encerró de nuevo, asustada por los gritos que provenían de las chozas y por el estrépito de la gente que corría de un lado para otro. El vino le había producido tanto sueño que apenas podía mantener los ojos abiertos, por lo que se tumbó en la cama y se quedó dormida durante un buen rato.

14 ■ Ocurrieron muchas cosas durante esas horas que pasó durmiendo profundamente, pero no le molestaron ni los gritos, ni el ruido que hicieron al arrastrar trastos dentro y fuera de la casa.

Cuando se despertó, permaneció tumbada y mirando a la pared. La casa estaba en completo silencio. No la recordaba tan silenciosa. No oyó voces ni pisadas, y se preguntó si el brote de cólera habría pasado de largo y si los problemas se habrían terminado. También se preguntó quién cuidaría de ella ahora que su aya estaba muerta.

Le asignarían una nueva aya, que quizá se supiera cuentos nuevos. Mary ya estaba harta de las historias de siempre. No lloró por la muerte de su cuidadora. No era una niña cariñosa y jamás se había preocupado demasiado por nadie. El ruido, las carreras y los gritos provocados por el cólera la habían asustado, y se enfureció porque nadie parecía acordarse de ella. Todos estaban demasiado aterrorizados como para pararse a pensar en aquella niña a la que nadie estimaba. Cuando una persona contrae el cólera, al parecer solo piensa

en sí misma. Sin embargo, si todo había vuelto a la normalidad, alguien terminaría acordándose de ella y acudiría en su busca.

Pero no acudió nadie, y mientras permaneció allí tumbada, esperando, el silencio que reinaba en la casa se intensificó. Mary oyó un crujido sobre la alfombra y, cuando miró al suelo, vio una culebrilla que reptaba mientras la miraba con unos ojos que parecían joyas. La niña no se asustó, porque era una criaturita inofensiva que además parecía tener mucha prisa por salir de la habitación. La culebra se escabulló por debajo de la puerta mientras Mary la observaba.

■ 15

—Qué extraño y silencioso está todo —dijo—. Parece como si en esta casa no estuviéramos más que la culebra y yo.

Al rato escuchó unas pisadas en la finca que llegaron hasta el porche. Las pisadas pertenecían a unos hombres que entraron en la casa y se pusieron a conversar en voz baja. Nadie acudió a recibirlos ni a hablar con ellos, y al parecer se dedicaron a abrir puertas y a asomarse a las habitaciones.

—¡Cuánta desolación! —exclamó uno de ellos—. ¡Era una mujer tan hermosa! Y supongo que la niña también. Tengo entendido que tenía una hija, aunque nadie la ha visto nunca.

Mary se encontraba plantada en mitad de su dormitorio cuando abrieron la puerta un rato después. Parecía una niñita feúcha y enojada, y tenía el ceño fruncido

porque empezaba a tener hambre y no la estaban atendiendo como es debido. El primero en entrar fue un oficial corpulento al que había visto hablando con su padre en una ocasión. Se le notaba cansado y afligido, pero cuando vio a Mary, se sobresaltó tanto que estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¡Barney! —exclamó—. ¡Aquí hay una niña! ¡Está sola! ¡En un lugar como este! Por todos los santos, ¿quién será?

16 ■ —Soy Mary Lennox —dijo la niña, poniéndose muy tiesa. Le pareció muy grosero que aquel individuo llamara a la casa de su padre «¡Un lugar como este!»—. Me quedé dormida cuando todos contrajeron el cólera y acabo de despertarme. ¿Por qué no viene nadie?

—¡Es la niña de la que nadie sabía nada! —exclamó el oficial, dándose la vuelta hacia sus compañeros—. ¡Se habían olvidado de ella!

—¿Por qué se han olvidado de mí? —inquirió Mary, pegando un pisotón en el suelo—. ¿Por qué no viene nadie?

El joven que se llamaba Barney la miró con mucha tristeza. A Mary le pareció ver que guiñaba los ojos, como si intentara contener las lágrimas.

—¡Pobre niña! —dijo—. No vienen porque ya no queda nadie.

Mary descubrió, de este modo tan extraño y repentino, que había perdido a sus padres; los dos habían

muerto, se los llevaron durante la noche, y los pocos sirvientes nativos que habían sobrevivido huyeron despavoridos de la casa sin que ninguno de ellos se acordara de la presencia de la niña. Por eso la casa estaba tan silenciosa. Efectivamente, en ella no había nadie más que Mary y esa pequeña culebra susurrante.

II

DOÑA CONTRERAS

18 ■ **A** Mary le gustaba contemplar a su madre desde lejos y la consideraba muy guapa, pero como no sabía casi nada de ella, no podía esperarse que la quisiera o que la añorase demasiado cuando murió. De hecho, no la añoraba en absoluto, y puesto que era una niña egoísta se limitó a pensar en sí misma, como de costumbre. Si hubiera sido mayor, sin duda se habría puesto muy nerviosa al saber que se había quedado sola en el mundo, pero apenas era una niña, y como siempre habían cuidado de ella, dio por hecho que seguiría siendo así. Lo que sí quería saber era si le tocaría irse a vivir con gente agradable, personas que la trataran bien y que le dejaran salirse con la suya igual que el aya y los demás sirvientes nativos.

Mary supo que no permanecería mucho tiempo en la casa del clérigo inglés adonde la llevaron en un primer momento. No pensaba asentarse allí. El clérigo era pobre y tenía cinco hijos de edades similares que vestían con

ropa raída y siempre andaban a la gresca y quitándose los juguetes unos a otros. Mary odiaba el desorden que reinaba en su casa, y fue tan antipática con los niños que al cabo de un par de días ninguno quería jugar con ella. El segundo día le pusieron un mote que la puso furiosa.

Se le ocurrió a Basil. Basil era un muchacho de siete años con unos ojos azules e insolentes y una nariz respingona. Mary lo aborrecía. Un día estaba jugando sola debajo de un árbol, tal y como había estado haciendo cuando se desató el brote de cólera. Estaba trazando senderos y acumulando montoncitos de arena para crear un jardín cuando apareció Basil, que se acercó para observarla. Mostró mucho interés por su labor y le hizo una sugerencia repentina:

■ 19

—¿Por qué no pones ahí una pila de piedras y finjes que es un jardín de rocas? —dijo—. Allí, en el medio. —Se inclinó sobre ella para señalar el lugar.

—¡Vete! —gritó Mary—. No quiero chicos cerca. ¡Márchate!

Basil se enfadó al principio, después empezó a burlarse de ella, igual que hacía con sus hermanas. Se puso a bailotear alrededor de Mary y a hacerle muecas, mientras se reía y cantaba:

*Mary, Mary, «Doña Contreras»,
dime qué contiene tu jardín.
Hay caracolas y halesias,
y caléndulas de postín.*

Siguió cantando hasta que los demás niños lo oyeron y se echaron también a reír, y cuanto más se enfadaba Mary, más le cantaban lo de «Doña Contreras». Desde ese momento, y durante todo el tiempo que duró su estancia, emplearon ese mote para referirse a Mary e incluso cuando hablaban con ella.

—Te van a enviar a casa a finales de esta semana —le dijo Basil—. No veas lo contentos que estamos.

—Yo también estoy contenta —respondió Mary—. Pero ¿adónde voy a ir?

20 ■ —¿No lo sabes? —exclamó Basil, con malicia infantil—. Pues a Inglaterra, por supuesto. Nuestra abuela vive allí, y el año pasado enviaron a nuestra hermana Mabel a vivir con ella. Tú no te vas a mudar con tu abuela, porque no tienes. Te vas a ir a vivir con tu tío, el señor Archibald Craven.

—No lo conozco de nada —replicó Mary.

—Ya lo sé —repuso Basil—. Tú no sabes nada. Como las niñas, en general. Oí a mis padres hablar de él. Vive en una enorme mansión en el campo, vieja y desolada, y nadie se acerca por allí. Tiene tan mal humor que no permite ninguna visita, pero aunque lo permitiera, nadie querría ir a verle. Además tiene joroba y es una persona horrenda.

—No me lo creo —dijo Mary, que se dio la vuelta y se metió los dedos en los oídos para no oír nada más.

Pero más tarde se puso a pensar detenidamente en todo aquello, y cuando la señora Crawford le dijo

aquella noche que en unos días se iba a embarcar rumbo a Inglaterra para mudarse con su tío, el señor Archibald Craven, que vivía en la mansión Misselthwaite, se mostró tan fría, tozuda y distante que no supieron qué hacer al respecto. Intentaron ser amables con Mary, pero la niña no hacía más que apartar la cara cuando la señora Crawford intentaba darle un beso, y se ponía muy tiesa cuando el señor Crawford le daba una palmadita en el hombro.

—Qué niña más poco agraciada —dijo más tarde la señora Crawford—. En cambio, su madre era una mujer preciosa. Además era muy educada, pero Mary es la niña más gruñona que he visto en mi vida. Los niños la llaman «Doña Contreras», y aunque está muy feo por su parte, no me extraña que le hayan puesto ese mote.

■ 21

—Puede que si su madre hubiera asomado más a menudo su bonito rostro y sus exquisitos modales por el dormitorio de Mary, la niña hubiera aprendido buenas maneras. Me apena mucho, ahora que la pobre está muerta, pensar que mucha gente ni siquiera sabía que tenía una hija.

—Creo que ni siquiera se dignaba a mirarla —suspiró la señora Crawford—. Cuando su aya murió, nadie se acordó de esa pobre criaturilla. Me imagino a los sirvientes huyendo a toda prisa y dejándola sola en esa casa desierta. El coronel McGrew dijo que se llevó un susto de muerte cuando abrió la puerta y la encontró allí sola en mitad de la habitación.

Mary realizó la larga travesía hasta Inglaterra al cuidado de la esposa de un oficial, que viajaba con sus hijos para dejarlos en un internado. Solo tenía ojos para sus niños, así que se alegró bastante cuando, ya en Londres, dejó a Mary en manos de la mujer que el señor Archibald Craven había enviado a recogerla. Se trataba de la señora Medlock, el ama de llaves de la mansión Misselthwaite. Era una mujer robusta, con los carrillos colorados y unos ojos negros y penetrantes. Llevaba un vestido de color morado chillón, un manto de seda azabache con flecos y un gorro negro con flores moradas de terciopelo que se meneaban cada vez que movía la cabeza. A Mary no le cayó nada bien, pero como no le caía bien casi nadie, no hubo nada destacable en ello; además, resultaba evidente que la señora Medlock tampoco le tenía demasiada estima.

—¡Recórcholis! ¡Qué muchachita tan poco agraciada! —exclamó—. Y nos habían dicho que su madre era una belleza. Por lo visto no ha heredado mucho de ella, ¿no es así, señora?

—Puede que mejore cuando crezca —respondió afablemente la esposa del oficial—. Si no tuviera la piel tan cetrina y sonriera un poco más, resultaría más vistosa. Los niños cambian mucho.

—Pues ya puede cambiar esta niña —respondió la señora Medlock—. Y, en mi opinión, ¡Misselthwaite no es el lugar ideal para propiciar esos cambios!

Las dos pensaban que Mary no lo había oído porque se encontraba un poco alejada, junto a la ventana del hotel en el que se habían reunido. Estaba viendo pasar los autobuses, los taxis y las personas, pero oyó perfectamente la conversación y sintió mucha curiosidad acerca de su tío y el lugar donde vivía. ¿Cómo sería la casa y qué aspecto tendría él? ¿Sería jorobado? Mary nunca había visto uno. Puede que en la India no hubiera gente así.

Desde que se quedó sin aya y tuvo que irse a vivir con desconocidos, Mary había empezado a sentirse sola y a pensar cosas extrañas que nunca antes se le habían pasado por la cabeza. Empezó a preguntarse por qué nunca había tenido una relación estrecha con nadie, ni siquiera con sus padres cuando estaban vivos. Otros niños parecían tener una relación especial con sus padres, pero Mary nunca había sido el ojito derecho de nadie. Había tenido criados, ropa y comida, pero nadie que se interesara de verdad por ella. Mary no sabía que eso se debía a que era una niña antipática, pero, claro está, tampoco sabía que lo era. A menudo consideraba antipáticas a otras personas, pero no era consciente de que ese apelativo también podía aplicarse a ella.

La señora Medlock le pareció la persona más antipática que había conocido en su vida, con ese rostro tan vulgar y colorado, y ese sombrero de baratillo. Cuando emprendieron el viaje a Yorkshire al día siguiente, Mary

recorrió la estación hasta el vagón del tren con la cabeza alta mientras intentaba mantenerse lo más alejada posible del ama de llaves, porque no quería que la relacionaran con ella. Le habría enfurecido muchísimo que la gente creyera que era hija suya.

24 ■ Pero a la señora Medlock no le preocupaba en absoluto lo que pensara Mary. Era la clase de mujer que no tolera «las tonterías de los niños». Al menos, así se habría definido ella si se lo hubieran preguntado. No le hizo ninguna gracia tener que viajar a Londres justo cuando la hija de su hermana María se iba a casar, pero tenía un empleo cómodo y bien pagado como ama de llaves en la mansión Misselthwaite, y la única manera que tenía de conservarlo era cumplir las órdenes del señor Archibald Craven. Y siempre lo había hecho sin rechistar.

—El capitán Lennox y su esposa murieron de cólera —le había contado el señor Craven a su fría y escueta manera—. El capitán Lennox era el hermano de mi esposa y yo soy el tutor de su hija. La niña vendrá a vivir aquí. Tiene que ir a recogerla a Londres y traerla personalmente.

Así que la señora Medlock empacó su pequeño baúl y emprendió el viaje.

Mary se sentó en una esquina del vagón con cara de pocos amigos. No tenía nada que leer ni que mirar, así que entrelazó sus manitas enguantadas sobre el regazo. Llevaba un vestido negro que resaltaba el tono cetrino de

su piel, y su cabello lacio y apagado asomaba sin orden ni concierto por debajo de su sombrero negro de crepé.

«No he visto una jovencita más rezongona en todos los días de mi vida», pensó la señora Medlock. «Rezongona» es una palabra que se utiliza en Yorkshire y que significa gruñona y consentida.

El ama de llaves no había visto jamás una niña que se quedara tan quieta sin hacer nada, y al rato se cansó de observarla y comenzó a hablar con un tono de voz brusco y severo:

—Supongo que debería contarte algo sobre el lugar al que nos dirigimos —dijo—. ¿Sabes algo acerca de tu tío?

■ 25

—No —respondió Mary.

—¿Tus padres nunca te hablaron de él?

—No —dijo Mary con el ceño fruncido. Lo frunció al recordar que sus padres prácticamente no le dirigieron nunca la palabra. Desde luego, no para contarle cosas como esa.

—¡Humm! —farfulló la señora Medlock, mientras miraba fijamente el rostro inexpresivo de la niña.

No añadió nada más durante un rato, después reanudó la conversación:

—Supongo que debería contarte algo..., para que estés sobre aviso. Te diriges a un lugar bastante peculiar.

Mary no dijo nada y la señora Medlock se sintió incómoda ante su aparente indiferencia, pero, tras tomar aliento, prosiguió:

—Se trata de una finca enorme y sombría, de la que el señor Craven se siente orgulloso a su manera, lo cual también resulta un tanto inquietante. La mansión tiene seiscientos años y se encuentra ubicada en un extremo del páramo. Alberga casi un centenar de habitaciones, aunque la mayoría están cerradas a cal y canto. Hay cuadros, muebles antiguos y trastos que llevan allí una eternidad, y está rodeada por un parque inmenso, con jardines y árboles cuyas ramas cuelgan hasta el suelo en algunos casos. —Hizo una pausa y volvió a tomar aliento—. Pero no hay nada más —añadió, tajante.

Mary había empezado a prestar atención muy a su pesar. Aquella casa parecía muy diferente a la India, y todo lo nuevo la atraía. Pero no quería que la señora Medlock percibiera su interés —esa era una de sus manías más molestas y desagradables—, así que permaneció inmutable.

—¿Y bien? —dijo la señora Medlock—. ¿Qué opinas al respecto?

—Nada —respondió Mary—. No sé nada sobre esa clase de lugares.

La señora Medlock soltó una risita al oír ese comentario.

—¡Vaya! —exclamó—, hablas como si fueras una mujer mayor. ¿No te importa?

—Qué más da si me importa o no —repuso Mary.

—En eso tienes razón —dijo la señora Medlock—. Da igual. No sé por qué te llevan a vivir a la mansión

Misselthwaite, a no ser que se trate de la solución más fácil. El señor Craven no va a ocuparse de ti, eso seguro, ya que no se preocupa por nadie.

Hizo una pausa como si acabara de recordar algo en ese momento.

—Tiene la espalda torcida —añadió—. Eso le agrió el carácter. Era un joven huraño que no supo disfrutar de su fortuna ni de su mansión hasta que se casó.

Mary se quedó mirando fijamente a la señora Medlock, pese a su intención de mostrar indiferencia. No esperaba que el jorobado estuviera casado, así que se sorprendió un poco. La señora Medlock se dio cuenta y, como era una mujer parlanchina, siguió hablando con interés renovado. En cualquier caso, era una manera como cualquier otra de pasar el rato.

■ 27

—Su esposa era una mujer dulce y hermosa, y el señor Craven habría sido capaz de remover cielo y tierra con tal de cumplir sus deseos. Nadie pensaba que se casaría con él, pero así fue, y las malas lenguas aseguraban que lo había hecho por dinero. Pero no fue por eso, estoy segura. Cuando murió...

Mary pegó un respingo.

—¡Vaya! ¿Se murió? —exclamó sin poder contenerse.

Se acababa de acordar de un cuento de hadas francés que había leído en una ocasión, titulado *Riquet à la Houppé*. Trataba de un pobre jorobado y una hermosa princesa, y de repente sintió lástima por el señor Archibald Craven.

—Sí, se murió —respondió la señora Medlock—. Y aquello agrió todavía más el carácter del señor Craven. Ya no le importa nadie. No se relaciona con nadie. Pasa la mayor parte del tiempo de viaje, y cuando está en Misselthwaite, se encierra en el ala oeste y no deja que nadie vaya a visitarle, a excepción de Pitcher. Pitcher es viejo, pero cuidó de él cuando era niño y sabe cómo tratarle.

28 ■ Aquella historia parecía sacada de un libro, y a Mary no le levantó los ánimos precisamente. Una casa con un centenar de habitaciones, casi todas clausuradas y con las puertas atrancadas. Una mansión en la linde de un páramo —fuera lo que fuera eso—, que tenía toda la pinta de ser un lugar deprimente. ¡Y además un hombre jorobado que se encierra en sus aposentos! Mary se asomó por la ventanilla con los labios fruncidos, y le pareció lógico que hubiera empezado a llover, dejando unas salpicaduras grisáceas y oblicuas sobre el cristal. Si esa esposa tan guapa siguiera viva, podría haberle alegrado la estancia ejerciendo un papel similar al de su propia madre, entrando y saliendo de la casa, acudiendo a fiestas igual que había hecho ella, con vestidos «atiborrados de encajes». Pero no iba a ser posible.

—No cuentes con ver al señor Craven, porque lo más probable es que no sea así —dijo la señora Medlock—. Y tampoco cuentes con tener gente con la que poder hablar. Tendrás que jugar y entretenerte sola. Te

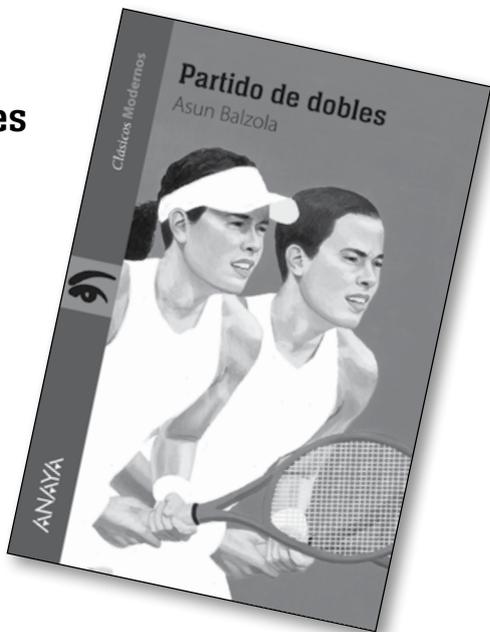
dirán en qué habitaciones puedes entrar y en cuáles no. Hay jardín de sobra. Pero cuando estés bajo techo, no te dediques a husmear por la casa. El señor Craven no lo tolerará.

—¿Quién ha dicho que me vaya a dedicar a husmear? —repuso la malhumorada Mary. Y con la misma brusquedad con que había empezado a sentir lástima por el señor Archibald Craven, dejó de compadecerse y comenzó a pensar que era una persona tan antipática que se merecía todo lo que le había ocurrido.

Entonces giró la cabeza hacia los humedecidos cristales de la ventanilla del vagón y se puso a contemplar las nubes grises de esa tormenta que parecía no tener fin. Las observó durante tanto tiempo y con tanta fijeza que comenzaron a difuminarse hasta que se quedó dormida.

Partido de dobles

Asun Balzola



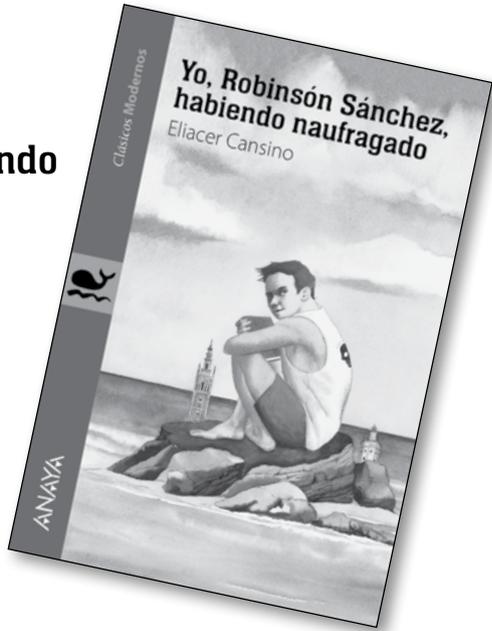
Hilaria y sus hermanos se han ido de vacaciones con su padre, a la casa de Algorta que alquilan todos los veranos. Este año Mónica, la hermana gemela de Oliva, no ha podido ir porque está en Alemania trabajando de *au pair*. Y su madre tampoco, pues está en casa de su amiga Lola para terminar la tesis.

Los hermanos saben que pasa algo entre sus padres, están enfadados y muy distanciados. Hilaria y Oliva acaban de descubrir unas horquillas sospechosas en el baño y piensan que su padre está con otra mujer.

Un verano en el que todo parece estar patas arriba y en el que las cosas podrán recolocarse en un partido de tenis.

Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado

Eliacer Cansino



El protagonista de esta historia, Miguel, se ve abocado a una nueva e inesperada vida a causa del traslado de su padre desde Salamanca a una ciudad andaluza. Las difíciles circunstancias familiares, que él va intentando interpretar a su modo, le llevan a un figurado naufragio del que saldrá airoso, como un Robinson, gracias a sus nuevos amigos y al hallazgo de una misteriosa biblioteca.

Al hilo de sus tribulaciones adolescentes, Miguel irá construyendo su propia personalidad, forjando su visión del mundo y adentrándose en la complejidad de la vida de los adultos.

Djadi, el niño refugiado

Peter Härtling



Djadi tiene once años cuando huye solo de Siria y llega a Fráncfort. Nadie sabe lo que ha vivido en su huida por el Mediterráneo ni sus pérdidas. Djadi se encuentra completamente solo en Fráncfort cuando Jan y Dorothea lo acogen en la casa que comparten con otros mayores y se ocupan de él. Día a día aprende el idioma, las costumbres de su nueva familia y a adaptarse al colegio. Pero es la gran conexión y amistad con Wladi, un hombre de setenta y cinco años, lo que ayuda a Djadi a convivir con sus miedos.

Poco a poco aprende a confiar en las personas que lo acogen en su casa compartida.

Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

Una vida mágica

Diana Wynne Jones



Tras la muerte de sus padres, Gato vive a la sombra de su arrogante hermana Gwendolen, cuyos poderes mágicos todos admiran. Su vida transcurre apaciblemente bajo la tutela de una bruja mediocre hasta que los dos hermanos son enviados al castillo del poderosísimo mago Chrestomanci. Allí, Gwendolen se empeña en llamar la atención, interfiriendo en la vida normal del castillo con toda clase de hechizos malintencionados. La cosa llega a tal extremo, que Chrestomanci termina retirándole la magia como castigo. Indignada, Gwendolen huye a un universo paralelo, enviando a ocupar su lugar a Janet, su doble en nuestro mundo, que sin embargo tiene un carácter afable y carece absolutamente de magia.

Todo se complica cuando Janet y Gato se ven envueltos en una conspiración de brujos y hechiceros contra Chrestomanci.

Uno de los grandes clásicos de la literatura. Un retrato lúcido del mundo visto a través de los ojos de la infancia.

Mary Lennox, una niña solitaria que a nadie le cae bien, llega desde la India para vivir con su tío en Yorkshire, Inglaterra. En su nuevo destino, Mary no puede hacer mucho más aparte de explorar esa mansión inmensa y sombría, y de pasear por los alrededores. Hasta que una mañana soleada accede a un jardín secreto, oculto tras unos muros cubiertos de hiedra. Por primera vez en su corta y desdichada vida, ha encontrado algo que le preocupa y decide devolver a ese jardín la gloria de antaño.

Gracias a la ayuda de Dickon, el niño que sabe hablar con los animales, y de Colin aprenderá otra manera de relacionarse y a disfrutar del contacto con la naturaleza.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579023

ISBN 978-84-698-4880-7



9 788469 848807

www.anayainfantilyjuvenil.com

REALISMO



ANAYA